

II Domingo Tiempo ordinario

1 Corintios 6, 13; Samuel 3, 3; Juan 1, 35-42

«Maestro, ¿dónde vives? Él les dijo: -Venid y lo veréis. Entonces fueron, vieron dónde vivía y se quedaron con Él aquel día»

18 Enero 2015 P. Carlos Padilla Esteban

« ¡Qué sano es entonces aprender a decidir por nosotros mismos! Podemos pedir consejo, pero al final decidimos nosotros. Que es lo que importa. Decidir nos hace más felices »

El otro día una pareja, antes de su boda, me decía algo interesante: «Queremos rodearnos de cosas bonitas. Un caracol. Un faro. Una noria. El sol. La simplicidad. Lo cotidiano». Me gustó mucho. Es verdad. Son necesarias las cosas bonitas para aprender a valorar la vida. Un amanecer. Una puesta de sol. Un montón de olas. Un abrazo de repente. Una sonrisa cómplice. Una mirada. Una palabra que enaltece. Una sonrisa sincera. Una lámpara antigua que sigue dando luz desafiando el tiempo. Un bastón de madera que sujetaba los días. Un montón de libros aún sin leer. Una ventana de madera abierta al mundo. Una vela encendida. Un armario lleno de recuerdos, sin mucho orden. Así son las cosas simples de la vida. Las más sencillas. Son bonitas y el corazón se alegra al mirarlas sobrecogido. Es necesario hacerlo, no perder la oportunidad. Porque luego la vida se nos complica sin darnos cuenta y se nos puede llenar de cosas feas. Y entonces ya no es tan bonita la vida, ni tan apasionante, ni tiene tanta luz. Perdemos lo bello y nos puede nublar la vista lo doloroso. Y nos dará pena entonces no haber sido capaces de encontrar más cosas bonitas con las que alegrar el alma. Pensaba en el caracol del que me hablaba esta pareja. Para ellos era algo bonito. A mí me gustan los caracoles. Tal vez no me parecen tan bonitos. Pero enseñan muchas cosas importantes para la vida. ¡Qué despacio recorren sus caminos! Nos recuerdan que el tiempo no importa tanto. Que vamos a nuestro ritmo sin tener en cuenta la hora. A veces corremos demasiado. Las cosas pasan y vuelan y no las valoramos. Hacer las cosas despacio nos ayuda. Pero nos cuesta mucho. Ojalá fuéramos capaces de vivir intensamente cada momento, sin prisas, deteniéndonos sin miedo a perder el tiempo, o la primera posición en la carrera. Caminar dejando un reguero de vida a nuestro paso, como los caracoles. Que marcan el camino por el que han avanzado. Con su vida, con su amor. Dejan un rastro sagrado, porque la vida que vivimos tiene mucho de sagrada, es nuestra historia santa. Caminar sin importar cuánto tiempo tardemos en recorrer una distancia. Nos esperamos los unos a los otros. Construimos a nuestro ritmo, lentamente, con paciencia. Hay que esperar a veces a otros que van más lentos. Hay que adaptarse y no siempre es fácil renunciar a lo propio, a mi ritmo. Porque uno quiere todo ya, de forma inmediata. Y nos falta la paciencia, se agota. Me gustan los caracoles y su ritmo lento, me educan. Desafían el tiempo y mis prisas. Pero siempre llegan. Son frágiles en su concha. No se defienden. Sólo a veces se esconden. Simplemente llevan su hogar a cuestas y cuando llegan, se instalan. Estamos llamados a hacer de cada sitio donde estemos nuestro hogar. Como Jesús, que no tenía dónde reclinar la cabeza. Sí, me gustan los caracoles. Son frágiles y dignos. Altivos y humildes. Siempre en movimiento. Siempre pausados. Si les haces daño o los amenazas, se esconden y no salen. Si sale el sol y se sienten seguros, no temen y salen. Como nosotros, que somos sensibles tantas veces a los gritos, a la violencia, a la agresividad. Ojalá siempre nos tratáramos con respeto y cariño, con delicadeza. Ojalá hubiera más sol en nuestra vida. Iluminando el camino. **Definitivamente, a mí también me gusta rodearme de cosas bonitas.**

El otro día leí que una persona comentaba: « ¿Tomar algo para ser feliz? Sí, decisiones». ¿Qué tomo yo para ser feliz? Hay personas obsesionadas por encontrar la fórmula de la felicidad. Como si existiera una pastilla mágica que, al tomarla, nos provocara un estado permanente de felicidad, de santa indiferencia ante la vida, un paraíso particular aquí en la tierra. Una felicidad a prueba de desgracias y tragedias que nos permitiera pasear por la vida sin quitarnos la sonrisa de la cara. Vamos, algo que no existe, gracias a Dios. Tal vez por eso me gustó esa respuesta. ¿Qué tomo para ser feliz? Yo no tomo nada en especial. Pero es verdad, cuando tomo decisiones, cuando no dejo para mañana lo que me toca hacer ahora, cuando me

comprometo y me hago responsable de mis decisiones, cuando decido actuar y no dejo que la vida decida por mí, es curioso, eso me hace feliz. Pero al mismo tiempo pensé: « *¡Qué difícil nos resulta a veces tomar decisiones en la vida!* ». Y la verdad es que tenemos que tomar decisiones todos los días. En ocasiones cosas pequeñas, sin importancia. Compro esta cosa o esta otra. Voy a ver esta película o aquella. Otras veces son decisiones que pueden cambiar el rumbo, elijo esta oferta de trabajo o esta otra, vivo en esta casa o en esta otra. Pero también pueden ser decisiones realmente importantes, me caso o no me caso, me consagro o no lo hago, tenemos un hijo o esperamos. Siempre tenemos que decidir. En ocasiones nos sentimos torpes y no nos vemos capaces de hacerlo. Pensamos que nos falta madurez. Y esperamos y dejamos pasar oportunidades. Me llamó la atención la afirmación. Si no decido, ¿soy infeliz? No lo sé bien, pero es verdad que cuando no decidimos la vida acaba decidiendo por nosotros, dejamos pasar ciertos trenes, asumimos que no somos capaces de vivir de una determinada manera. No decidir nos lleva a que otros decidan por nosotros. Y suele ser así. Porque es verdad que a muchas personas les gusta decidir por uno. Lo que tengo que hacer, lo que me conviene, lo que es mejor para mí, lo que me ayuda a crecer, lo que me va a convertir de verdad. Son personas obsesionadas con tomar decisiones, no para sus vidas, sino para la mía. Es curioso. Hay muchas. En un afán por facilitarte la vida toman decisiones que te incumben y te ves arrastrado, sin quererlo, en un camino determinado. A veces han sido nuestros padres, en otras ocasiones algún hermano, después puede ser mi cónyuge, o un amigo, o un familiar. Siempre hay alguien. ¡Qué sano es entonces aprender a decidir por nosotros mismos! Podemos pedir consejo, pero al final decidimos nosotros. Que es lo que importa. Decidir nos hace más felices. Eso es verdad. Decía San Juan XXIII: «*Me guardaré de dos calamidades: la prisa y la indecisión. Sólo por hoy creeré firmemente, aunque las circunstancias demuestren lo contrario, que la buena providencia de Dios se ocupa de mí como si nadie existiera en el mundo. Sólo por hoy no tendré temores. De manera particular no tendré miedo de gozar de lo que es bello y de creer en la bondad.*». Es bonito vivir así. Con esa confianza. Amando lo bello, sin prisas, tomando decisiones. Sabiendo que las decisiones son importantes. Aunque nos confundamos, aunque tengamos que rectificar y pedir perdón. Siempre podemos confundirnos y tener que volver a empezar. No importa. El error es parte de la vida. Pero es bueno aprender a hacernos responsables de nuestras decisiones. Y siempre, es fundamental, decidir con libertad. Decía el P. Kentenich: «*Si se da que no es posible al mismo tiempo disciplina y decisión libre, prefiero tolerar algo de indisciplina pero dejar libertad para decidirse por sí mismo. Es evidente que debemos cuidar que haya disciplina. Pero debemos cuidar también que la observancia de la disciplina no eduje hombres colectivizados*»¹. No queremos ser hombres masa, hombres que se dejan llevar por las corrientes de opinión, que toman decisiones porque otros las toman, que asumen siempre las modas, los últimos avances. Porque otros lo hacen, porque toca. Decidir con libertad no es fácil en una sociedad globalizada en la que todo se conoce. Muchas veces hay presiones. Muchos nos darán consejos y querrán que les hagamos caso. Otros simplemente decidirán por nosotros. A veces decidiremos porque los demás esperan una determinada actitud, un comportamiento, una forma de vida. Pero no lo haremos libremente. Parece tan fácil. Es tan difícil. **Pero yo también soy un convencido de lo mismo. Si tomo decisiones, seguro que soy más feliz.**

Creo que lo importante es tener una actitud abierta y positiva y estar dispuestos a escuchar lo que Dios quiere. Si hacemos lo que Dios quiere somos más felices, más plenos. Pero, ¿qué quiere Dios? Samuel no conocía a Dios y no reconocía su voz. Elí se lo hace ver: «*Aquí estoy; vengo porque me has llamado. El comprendió que era el Señor quien llamaba al muchacho, y dijo a Samuel: - Anda, acuéstate; y si te llama alguien, responde: - Habla, Señor, que tu siervo te escucha. Samuel fue y se acostó en su sitio. El Señor se presentó y le llamó como antes: - ¡Samuel, Samuel! Él respondió: - Habla, Señor, que tu siervo te escucha. Samuel crecía, y el Señor estaba con él; ninguna de sus palabras dejó de cumplirse*». Samuel 3, 3. Samuel no conocía la voz de Dios. Creo que hoy hay muchos Samueles. Muchos cristianos que no conocen la voz de Dios. Pensaba en un poema de Gustavo Adolfo Bécquer: «*Del salón en el ángulo oscuro, de su dueña tal vez olvidada, silenciosa y cubierta de polvo, veíase el arpa. ¡Cuánta nota dormía en sus cuerdas como el pájaro duerme en las ramas, esperando la mano de nieve que sabe arrancarlas! ¡Ay! -pensé-, ¡cuántas veces el genio así duerme en el fondo del alma, y una voz, como Lázaro, espera que le diga: Levántate y anda!*». El arpa, el alma, nuestro mundo interior, permanece tantas veces olvidado y cubierto de polvo. ¡Cuántas notas dormidas! ¡Cuántos sueños olvidados! ¿Cómo van a saber lo que les pide Dios cuando duerme el alma? Pero algunos sí que conocen su voz. Me conmovió la oración de una persona: «*Jesús de mi vida, no sé andar si no tengo en mis manos tus mismas manos y en mi voz, tu voz callada. Quiero contener el llanto. No para que cese, no. Eso no importa. Sino porque sé que son lágrimas de un amor inmenso. El amor que no merece derramarse en un pañuelo. El amor que se contiene en el fondo de mi alma.*

¹ J. Kentenich, *Terciado de Brasil*, 1952

Y se llena. Y se rompe. Y contiene y se hace fuente. Y yo mismo me sorprendo. Abajado, desnudado, desprendido de mi orgullo y de mis miedos. Sin reposo te miro entre la neblina. Te veo y vibra mi alma. Gracias, Jesús, por quererme. En los ojos que me miran. En la sonrisa que ríe. Gracias por ser mi reposo. Mi fuente, mi hondo pozo». Es la oración de un alma que sonríe, que busca y encuentra, que descansa y se levanta. Sí, la mirada de un niño buscando a su padre. Anhelando y esperando. Buscando el reposo y el consuelo. Anegado por sus lágrimas. Sanado en sus heridas. Así es el deseo del corazón. Conocer a Dios. Amar a Jesús. Estar con Él. Hablar con Él cada día. Buscarlo por los caminos. Preguntarle a cada paso: «*¿Y ahora qué?*» Sin temer sus respuestas, los cambios de planes, su flexibilidad. Porque el corazón está pronto para responder, para ponerse en camino. ¿Por qué nos da tanto miedo a veces tomar decisiones? ¿Por qué tememos que Dios nos pida lo imposible? Me gusta esa seguridad del péndulo de la que habla el P. Kentenich: «*¿Dónde está asegurado el péndulo? Solamente arriba, en un gancho. ¿Qué clase de gancho es ese? Es la mano de Dios; la mano de la Madre de Dios. La seguridad del péndulo incluye siempre también una permanente inseguridad. Y debemos contar con esta inseguridad. Por eso, la Alianza de Amor dice: ¡Ninguna preocupación!*»². Ninguna preocupación. ¿Cómo es eso posible? El corazón se preocupa siempre. Tiene miedo y se angustia. Teme lo peor. Espera salir airoso y sufre. Es inherente a nuestra condición humana, limitada, condicionada. Hay una permanente inseguridad en toda decisión que tomamos. Siempre nos puede salir mal lo planeado. Nuestra seguridad está atada en lo alto, en las manos del Padre. ¿Confiamos de verdad? Tantas veces no lo hacemos. Se nos llena la boca de buenos deseos, de buenas intenciones. Pero dudamos. No sabemos bien si lo que Dios quiere coincide con nuestros deseos. Y no queremos renunciar a todo lo que deseamos, amamos y anhelamos. Es tanto. Es tan bonito. Somos tan pobres. Quisiéramos decidir sin riesgos. Con una seguridad absoluta en el futuro. Sin temer el fracaso. Pero no es posible. Nuestra vida está en las manos de Dios. ¿Por qué no acabamos de confiar del todo? Porque tememos la cruz, el desprecio, el rechazo, el fracaso, la soledad, el hambre. Porque nos pesa tener que dejar nuestra tierra, nuestras raíces y apegos, nuestros proyectos y planes, nuestros sueños incumplidos. Porque nos duele la ruptura y la muerte, la enfermedad y el abandono. **¿Cómo confiar en un amor de Dios que no nos promete la paz aquí en la tierra, la felicidad plena caminando por estos caminos?** Dudamos y nos cuesta decidir.

El seguimiento comienza con una llamada, con una invitación a decidirse por vivir algo grande: «*En aquel tiempo, estaba Juan con dos de sus discípulos y, fijándose en Jesús que pasaba, dice: - Éste es el Cordero de Dios. Los dos discípulos oyeron sus palabras y siguieron a Jesús. Jesús se volvió y, al ver que lo seguían, les pregunta: - ¿Qué buscáis? Ellos le contestaron: - Rabí, ¿dónde vives? Él les dijo: - Venid y lo veréis.* Pienso en ese día. Todo lo que hoy se cuenta sucedió en un día. Hay días que pasan rápido, semanas, meses. Y otros que marcan una vida para siempre. En el evangelio de Juan nos cuenta la llamada a los discípulos gradualmente y por su nombre. Con cada uno tiene una historia, una hora. Las cuatro de la tarde. La hora de sus vidas. La hora en que comienzan a seguirlo. Juan se fija en Jesús que pasa. Me encanta esta expresión. Jesús pasa. Pasa por delante de mí cada día y no lo veo. Dejo que siga. Juan Bautista lo mira. Sabe quién es. Lo ha conocido con el corazón. Es el Cordero. El cordero manso y humilde que se entrega por nosotros. Que llega sin hacer ruido. Sin que se note. Sin darse importancia. El cordero de Dios que se da. Es Él. Su Señor. ¡Cuánto tiempo esperando este momento! ¡Cuánto tiempo hablando de Él a sus discípulos! Los primeros discípulos oyen a Juan y sin dudarlo, siguen a Jesús. Se van detrás de Él para siempre. Por fidelidad a su maestro lo dejan. Se fían de Juan. Es bonito fiarse de alguien tanto como lo hacen ellos. Hay personas de las que me fío ciegamente. Lo que me dicen es para mí la voz de Dios. Los discípulos no se lo plantean. No preguntan. No dudan. Juan lo dice y ellos siguen a Jesús. No importa hasta dónde. Aún no se han enamorado de Jesús y ya lo siguen. Por el testimonio de Juan, creen. Así empieza la Iglesia. Por contagio. Por el amor de uno al otro. Juan en su Evangelio nos cuenta que el seguimiento a Jesús comienza por un testimonio humano, no por una llamada directa de Jesús como en los evangelistas sinópticos. A veces hemos sentido la llamada directa de Jesús. Otras veces creo porque otro cree. Miro con sus ojos. Escucho con sus oídos. Veo luz en la vida de otro y quiero vivir como él. Los discípulos de Juan siguen a Jesús y Juan no. Es su forma de amar particular. Es su forma de seguir a Jesús. Retirándose. Abajándose. Ocultándose. Inmolándose. Regalándose lo que más ama, que son sus discípulos. ¡Cuánto se amaban Jesús y Juan! Impresiona la mirada de Juan cuando Jesús pasa. Ve a Dios. ¡Qué mirada más pura! El desierto, la pobreza, la espera, el anhelo, prepararon su corazón, no sólo para predicar de Jesús, sino para saber verlo. ¡Cuántos fueron incapaces de ver a Jesús a pesar de sus milagros y de sus palabras! Y Juan ve sin necesidad de milagros. Sin intermediar palabras. Gracias a la mirada de Juan ese día en que Jesús pasa los

² J. Kentenich, Madison 1952

discípulos se van con Jesús. Nunca hubo un discípulo de Jesús solo. De dos en dos se van adhiriendo a Él. Así es siempre en la Iglesia. Siempre fue comunidad. Así empezó la comunidad de los amigos de Jesús. Por el testimonio de uno el otro cree. Los dos primeros discípulos creen por Juan. Pedro cree por Andrés. «*Hemos encontrado al Mesías*». Algo vio Pedro en Andrés y por eso creyó. Me conmueve. No necesitó ir a comprobarlo. Se puso en camino. Se fió de él. Por su hermano ya sabía que era verdad. Así **siempre es en la Iglesia, desde el principio, uno ve a Jesús, se enamora, y lo cuenta a otro.**

¿Qué buscaban? ¿Cuáles eran sus horizontes? ¿Qué busco yo? ¿Qué pretendo y espero de la vida? A veces buscamos horizontes amplios y detrás se esconde un deseo secreto de triunfar, de demostrar cuánto valemos. Me sorprendo a mí mismo atrapado en reflexiones similares. ¿No estoy acaso contento con mi vida? Me toca hablar con muchas personas insatisfechas con la vida que llevan. Personas casadas, separadas, solteras, consagradas, con muchos años ya a la espalda. Jóvenes que no le encuentran sentido a su presente y temen el futuro. Veo a veces miradas de insatisfacción. Te cuentan su vida con algo de tristeza. Algunos ya curtidos por los años piensan que no han dado todo lo que tienen, que valen mucho más y por culpa de las circunstancias no han logrado realizar sus sueños. A veces pienso que buscamos lo que no nos conviene, lo que no nos va a hacer felices. Nos obsesionamos con proyectos inalcanzables, en los que somos protagonistas y nunca acabamos de estar contentos con lo logrado. Como si la vida nos debiera algo. Como si Dios no hubiera exprimido todos nuestros talentos. ¿Qué deseamos en lo más profundo del alma? Miro el corazón, en lo más hondo. Jesús me mira. Mira a los que le siguen. Mira a los que desea que le sigan. «*¿Qué buscáis?*». Ellos respondieron con una pregunta: «*¿Dónde vives?*». Le buscaban a Él, querían estar con Él. ¿Qué le pregunto yo al Señor? El deseo del corazón es estar con el que ensancha nuestra vida, abre nuevos horizontes, llena de luz nuestro camino. Creo que Cristo es mi horizonte. Siempre lo he creído. Desde que me encontré con Él en el camino. O mejor, Él conmigo. Puede que algún día piense que me falta horizonte en lo que hago. Puede que me sienta estrecho y un poco atado. Ese día, cuando me vea insatisfecho, tendrá que recordar lo esencial de la llamada a seguir a Jesús. No importa tanto lo que hagamos o dejemos de hacer. Lo que importa es estar con Él, caminar a su lado. Él es nuestro horizonte. Yo tengo sed. También los discípulos tenían sed. Jesús tiene el agua. Eso me alegra siempre. **Mi sed sólo la calma Él. El camino sólo me lo muestra Él. Si no lo sigo a Él, me acabo desviando.**

Los discípulos buscaban junto a Juan el sentido de la vida. Esperaban al Mesías. No sabían bien qué seguiría después, qué pasaría con sus vidas cuando se encontraran con Él. «*¿Dónde vives?*». Detrás de esa pregunta hay muchas más preguntas, más dudas, algunos miedos. ¿Qué haces? ¿Qué sueñas? ¿Para qué has venido? ¿Cuáles son tus horizontes, tus metas, tus proyectos? ¿Qué haces durante un día? ¿Qué será de nuestra vida si te seguimos? ¿Qué perderemos? ¿Qué ganaremos? Siempre hay muchas preguntas en el alma. La primera es la que tapa todas las demás. ¿Dónde vives? Esa pregunta esconde un deseo de plenitud, de felicidad. Ellos querían una vida con sentido. Confiaban en que el Mesías respondería a todos sus deseos de encontrar su camino. Lo buscan. Lo encuentran. Jesús se vuelve y los mira. Se detiene. Siempre lo hace. Para en su camino ante cualquier persona. Ojalá yo supiese hacer eso. Ojalá supiera pararme y mirar. Detenerme y salirme de mi plan y de mi vida. De mi esquema, de mi agenda, para mirar a alguien. Jesús lo hace. Y a ellos les basta con un solo día para comprenderlo todo. ¿Qué pasó ese día? ¿Dónde y cómo vivía realmente Jesús? Tantos interrogantes abiertos. Tantas preguntas por responder. Me detengo a pensar un momento. El estilo de Jesús es lo que provoca el seguimiento. Su forma de enfrentar la vida, su manera de tratar a los hombres, su verdad, su sencillez, su profundidad. Los apóstoles estuvieron con Él aquel día y creyeron en su vida. Pasaron con Él sólo unas horas: «*Entonces fueron, vieron dónde vivía y se quedaron con Él aquel día*». Me sorprende la rapidez. ¿Realmente basta con un día para decidir seguir a alguien? Tal vez llevaban tiempo esperando a Jesús sin saber quién era, cómo sería. Tal vez Juan había preparado sus corazones. Pero el mismo Juan desconocía muchas cosas. Sólo despertó su anhelo, lo cuidó, lo mantuvo encendido. Ellos querían conocer a Jesús y cuando lo encuentran se dieron cuenta de que algo encajaba en el alma. Así es muchas veces en la vida. Encontramos nuestro lugar, a la persona a la que buscábamos, el camino vocacional con el que soñábamos, la ocupación que llena el corazón. Nos basta con un encuentro, con una palabra, con una vivencia. Entonces todo encaja. A lo mejor a nosotros también nos basta con un día. ¿Qué les llamaría tanto la atención de aquel primer encuentro, de aquél primer día? A veces, cuando conocemos a alguien, no siempre decidimos seguir sus pasos de forma inmediata. No nos suele bastar con un día. Puede ser un buen encuentro, pero no siempre es tan decisivo. Seguir los pasos de alguien es muy radical como para hacerlo a la ligera. ¿Acaso ellos no tenían ya una

vida armada? Sí, eran pescadores. Tenían su familia, tenían vínculos que cuidar, había amor en sus vidas y ellos eran responsables de ese amor. Tenían un estilo de vida propio. Costumbres arraigadas. Hábitos firmes. Compromisos adquiridos. ¿Cómo cambiarlo todo de golpe? ¿Cómo dejar lo que tenían y seguir otro camino? Decía el P. Kentenich: «*¿Qué se exige respecto a la forma de vida? Se exige una vida constantemente cercana a Dios, penetrada de altos valores morales, interiormente purificada, desapegada del mundo y del yo*»³. Ellos siguen sus pasos. Se adaptan a su forma de vida. Quieren vivir como vive Él, aunque no tenga un lugar donde reclinar la cabeza. Aunque no pueda asegurarles un futuro lleno de comodidades. A veces uno cree que seguir a Jesús es caminar por la vida con el éxito asegurado. Dios nos promete una vida plena en sus manos, no el éxito. Seguir a Jesús supone riesgos, aceptar miedos, tener la vida llena de incertidumbres. Pero eso no es lo importante. La promesa tiene que ver con vivir con Él para siempre. Lo importante en la vida es seguir a Jesús. Decía el Papa Francisco: «*La conversión y la misión están íntimamente unidos. Sin una auténtica conversión del corazón y de la mente no se anuncia el Evangelio*». Seguir a Jesús supone un cambio radical. Ellos se quedan con Jesús y algo empieza a cambiar. Porque seguir a Jesús no consiste en cumplir una doctrina. Se trata de unirse a Él. De ir donde Él vaya, pisar donde Él pise, caminar con Él, a su lado. Estar con Él. Vivir con Él. Nada más. Dejarse amar como uno es y amarlo. Esa es la aventura que Jesús propone. Es un cambio de vida, es la conversión. Jesús nos dice: «*Ven. Ven como eres. Ven con tus dudas, tus miedos y tus sueños. Con tus capacidades y tus límites. Ven conmigo. Merece la pena. Ven y verás*». Jesús se vuelve y los mira hasta el fondo del corazón. Ve sus preguntas y su ilusión. Su fragilidad. Sus sueños. Ve su corazón de pescadores sencillos. Le commueve que le sigan. Tantos habrá que no querrán seguirle, tantos que le pedirán pruebas. La sencillez de su corazón le alegra. Serán para siempre sus amigos. Este primer día es importante para Andrés y Pedro pero también para Jesús. Ya no está solo. **Ellos se quedaron con Él, siguieron sus pasos y vieron cómo vivía. Así de sencillo.**

Enamorados por ese primer encuentro su vida se convierte en testimonio. Habían estado con Jesús. Todo había cambiado. Por eso se acuerdan de la hora exacta: «*Serían las cuatro de la tarde*». Los enamorados se acuerdan del lugar y de la hora del encuentro con la persona amada. Ese momento que cambió sus vidas para siempre. Recuerdan el lugar en el que estaban. Los ruidos. Los olores. Se acuerdan de todo con precisión. No dudan. Lo guardan en la memoria del corazón que es la que importa. No hay fotos. Pero los recuerdos reproducen con nitidez el momento. Se saben las palabras y los gestos. Recuerdan las miradas y las lágrimas. Así suele ser también cuando el Señor viene a nuestras vidas y nos llama. Irrumpe en un momento dado. Un día y una hora. La hora en que me sentí mirado hasta el fondo. Jesús fijó su mirada en mí. Se paró. Y me llamó por mi nombre. Mi nuevo nombre. El que implica mi misión. El que estaba grabado en mi alma y yo no conocía. Mi lugar. Mi forma de darme. Mi ideal. Algo del nombre lo vivo, es mío, y mucho lo descubriré a su lado, en el camino. Me reconoció. Le reconocí. Supo ver la sed de mi alma, mi búsqueda, mi torpeza y mi pasión, mis dones, mi soledad. Mi herida. Mis sueños. Yo no creía en mí. Había sido siempre uno más. Un pescador más. Para Jesús no. Fijó su mirada en mí. Me esperaba. Yo a Él también. Me cambió el nombre por el que Dios pronunció al crearme. De Simón a Pedro. Me dice que seré su roca, su apoyo. La roca que se quebrará de dolor, de amor. La roca que mi pecado tantas veces romperá. La roca rota que Jesús siguió amando más todavía. La roca donde todos se apoyarán. Todo cambió ese día, esa misma hora, las cuatro de la tarde. No sé qué vi en Él. No sé qué sucedió en mi corazón. Toda mi vida encajó. Comenzó en realidad mi vida. Quiero estar con Él. Porque me amó. Porque me acogió como era y creyó en lo que podía ser. Porque Él quería estar conmigo. Todo comienza con un encuentro hondo, con una vivencia grabada en el alma. También yo, como Juan, recuerdo incluso la hora de aquella vivencia. Guardo en el corazón la hora y el día de mi llamada vocacional. Pero también guardo otro momento que lo precedió en el que vi a María actuando en mi vida. Guardo esos dos momentos como un tesoro. ¿Cómo voy a olvidarme? Muchas veces, a lo largo de mi vida, he vuelto a esos instantes. Tengo la imagen grabada, el color del paisaje, la disposición de los muebles. Uno de ellos está muy unido a María. Ella cerca de mí, caminando en un viacrucis. El otro momento está muy unido a Jesús. En el silencio de un cuarto. Estas dos vivencias han sido fundamentales a lo largo de mi vida y no las he olvidado nunca. Guardo el lugar, el olor, los pensamientos de aquella hora. Las palabras y el silencio. La hondura del corazón. Las lágrimas. Los guardo como un tesoro. A veces la vida pasa muy rápido y no tenemos tiempo para guardar recuerdos. **Yo no quiero olvidarme. Me pasa como a Juan. Escribo la hora, las palabras, no lo olvido.**

En la vida hay vivencias fuertes, personas que influyeron con su testimonio, palabras que tocaron el

³ J. Kentenich, *Hacia la cima*

alma, experiencias hondas. Hoy corre el hombre el peligro de buscar sólo experiencias fuertes. Decía el P. Kentenich: «*Hay un segundo rasgo que se manifiesta nítidamente en nuestro tiempo y en el mundo de hoy: la tendencia a experimentar vivencias. Por eso al comienzo plasmamos la expresión 'inclinación a experimentar': experimentos vividos, experiencias vitales, vivencias. Esto se absolutiza y por eso la exageración. Por una parte, adicción a novedad, y por otra, adicción al experimento; adicción a aceptar sólo aquello que pueda ser registrado como una vivencia*»⁴. Corremos el riesgo de seguir sólo a Jesús cuando el corazón vuelve a cargarse en una experiencia fuerte de Dios. Queremos vivir cosas profundas continuamente. Y, cuando no es así, nos sentimos vacíos. Esa tendencia la tenemos todos. Seguramente en la vida de Juan y Andrés hubo otras vivencias, otros encuentros, otras palabras y otros silencios. Pero sólo se recoge la hora de aquel primer momento entre ellos y Jesús. Lo grabaron como un tesoro en el alma. Lo conservaron para siempre en su corazón. Porque sabemos que, cuando pasa el tiempo, podemos olvidarnos de lo importante. La *sacramentalidad* del tiempo es fundamental en nuestra vida. El tiempo es sagrado. Hay momentos que señalan un antes y un después. Decía el P. Kentenich: «*Dios quiere decirme algo en cada momento, en cada segundo. Y me hace notar que, con cada mensaje, me regala la gracia correspondiente para aceptarlo y realizarlo de acuerdo a su voluntad. ¿De qué manera se me manifiesta la voluntad divina? Dios mismo me lo dice a través de las circunstancias. Debemos madurar para llegar a ser pequeños artistas, pequeños maestros en el arte de interpretar y aplicar la voluntad de Dios a nuestra vida*»⁵. Queremos ser maestros en la interpretación del querer de Dios. ¡Cuánto nos cuesta! Nos obsesionamos con saber su voluntad. Pero no nos dejamos tiempo para interpretar los signos, para rastrear sus huellas. Dios nos habla cada día, en cada momento. Dios está presente en nuestra vida y nos quiere comunicar su amor. El otro día leía: «*En realidad, tanto más crecemos como personas cuanto más nos dejemos asombrar por lo que sucede, es decir, cuanto más niños somos. La meditación –y eso me gusta– ayuda a recuperar la niñez perdida. Si todo lo que vivo y veo no me sorprende es porque, mientras emerge, o antes incluso de que lo haga, lo he sometido a un prejuicio o esquema mental, imposibilitando de este modo que despliegue ante mí todo su potencial*»⁶. Asombrarnos por las cosas, por lo que nos sucede, es propio de un corazón ingenuo, un corazón de niño. Nos hace falta un corazón así. Capaz de sorprenderse ante la vida. Porque allí está Dios hablándonos. A veces no meditamos. No guardamos silencio para escuchar a Dios. No tocamos su presencia herida en los hombres. Vamos a lo nuestro, construyendo con nuestras fuerzas. **No confiamos en el amor de Dios, ni en su mano providente. Nos cuesta mucho creer.**

Pero la verdad es que, cuando encontramos respuestas que nos llenan el corazón, nos convertimos en testigos. El encuentro con Jesús nos va cambiando y acaba convirtiéndonos en hombre nuevos. Sin esa conversión no es posible ser testigos. Así ocurrió con Juan y Andrés. Se encontraron con Jesús y el cambio que se produjo en sus vidas les llevó a contar lo ocurrido: «*Andrés, hermano de Simón Pedro, era uno de los dos que oyeron a Juan y siguieron a Jesús; encuentra primero a su hermano Simón y le dice: - Hemos encontrado al Mesías (que significa Cristo). Y lo llevó a Jesús. Jesús se le quedó mirando y le dijo: - Tú eres Simón, el hijo de Juan; tú te llamarás Cefas (que se traduce Pedro)*». Juan 1, 35-42. Así surge el testimonio. De un encuentro brota la vida. El convencimiento. La pasión. No pueden callar lo que les ha ocurrido. Decía el Papa Francisco: «*El testimonio te tiene que agarrar todo. Es una opción de vida. Yo testimonio porque esa es la consecuencia de una opción de vida. Así es que eso es el primer paso. Sin testimonio no podés ayudar a ningún joven ni a ningún viejo. ¡A nadie! Y, evidentemente que todos flaqueamos, que todos somos débiles, que todos tenemos problemas y no siempre damos un buen testimonio. Pero la capacidad de humillarnos, la capacidad de pedir perdón cuando nuestro testimonio no es el que debe ser*». El testimonio es sagrado porque hace referencia a Dios. Al Dios de nuestra vida. Es sagrado porque coloca a Dios en el centro de nuestro corazón y a nosotros, con nuestros intereses y deseos, nos deja a un lado. Es sagrado porque en nuestra carne transparentamos el amor de Dios, no nuestros talentos. Aunque lo hagamos torpemente. Es sagrado porque Dios, lo que toca, lo santifica. Llega a nosotros y nos hace de nuevo. Hoy escuchamos: «*¿O es que no sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo? Él habita en vosotros porque lo habéis recibido de Dios. No os poseéis en propiedad*». 1 Corintios 6, 13. Es sagrado porque hace sagrada otras vidas que entran en contacto con la nuestra. Cuando damos testimonio lo hacemos no tanto con nuestras palabras. Son más bien nuestros actos los que convencen, los que arrastran. La fuerza que tenemos es poca. La fuerza del amor de Dios es mucha. Pero sabemos que la misión es inmensa. La mís es grande y los obreros son pocos. **Así queremos salir al mundo.**

Enamorados, encendidos, con el fuego del amor de Dios en el alma.

⁴ J. Kentenich, *Hacia la cima*

⁵ J. Kentenich, *Dios presente*

⁶ Pablo D'Ors, *Biografía del silencio*